

los ánimos en el valle de los Aigues por su subordinado Soudry.

—Preveo una lucha terrible, había dicho el procurador del rey de la Ville-aux-Fayes á su jefe, que había ido á verle expresamente. Nos matarán á los gendarmes, lo sé por mis espías. Tendremos un mal proceso. El jurado no nos apoyará cuando se vea expuesto al odio de las familias de veinte ó treinta acusados, no nos concederá la cabeza de los asesinos, ni los años de presidio que pidamos para los cómplices. Pleiteando vos mismo, apenas obtendríais algunos años de cárcel para los más culpables. Vale más cerrar los ojos que abrirlos, cuando, abriéndolos, estamos seguros de provocar una colisión que costará sangre, y acaso seis mil francos de costas al Estado, sin contar la manutención de esa gente en presidio. La cosa es cara para un triunfo que expondrá la debilidad de la justicia á todas las miradas.

Incapaz de sospechar la influencia de la *mediocracia* de su valle, Montcornet no habló de Gaubertin, cuya mano atizaba el hogar de aquellos nacientes trastornos. Después de almorzar, el procurador general tomó al conde de Montcornet por el brazo y lo llevó al despacho del prefecto. Al salir de aquella conferencia, el general Montcornet escribió á la condesa que partía para París y que no estaría de vuelta hasta después de una semana. Por la ejecución de los planes que le dictó el barón Bourlac, ya se verá cuán prudentes eran sus consejos; y si los Aigues podían verse libres de aquella mala voluntad, tenía que ser conformándose con la política que el magistrado acababa de aconsejar secretamente al conde de Montcornet.

Algunos lectores, ávidos de interés ante todo, encontrarán pesadas estas explicaciones; pero es útil advertir aquí que el historiador de las costumbres obedece á leyes más duras que aquellas porque se rige el historiador de los hechos; tiene que convertirlo todo en probable, hasta lo verdadero, mientras que, en el dominio de la historia propiamente dicha, lo imposible queda justificado con la razón de que ha ocurrido. Las vicisitudes de la vida social ó privada están engendradas por una infinidad de pequeñas causas que participan de todo. El sabio está obligado á despejar las masas de una avalancha, bajo la cual han perecido aldeas, para mostraros los guijarros desprendidos de una cima que

han determinado la formación de aquella montaña de nieve. Si no se tratase aquí más que de un suicidio, hay quinientos al año en París; este melodrama se ha hecho vulgar, y todos lo aceptarían como cierto con las más insignificantes razones; pero ¿á quién se hará creer que el suicidio de la propiedad haya ocurrido en un tiempo en que la fortuna parece más preciosa que la vida? *De re vestra agitur*, decía un fabulista; se trata aquí de asuntos que interesan á todos los que poseen algo.

Pensad que esta liga de toda una comarca y de un pueblecito contra un general escapado, á pesar de su temerario valor, de los peligros de los combates, se ha formado en más de un departamento contra hombres que querían hacer el bien. Esta coalición amenaza incesantemente al hombre de genio, al gran político, al gran agrónomo, en una palabra, á todos los innovadores.

Esta última explicación, política, por decirlo así, no sólo da á los personajes del drama su verdadera fisonomía, y gravedad al más pequeño detalle, sino que además arrojará vivas luces sobre esta escena, que pone en juego todos los intereses sociales.

CAPÍTULO X

MELANCOLÍA DE UNA MUJER FELIZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

En el momento en que el general montaba en la calesa para ir á la prefectura, la condesa llegaba á la puerta del Avonne, en donde estaba instalada la habitación de Michaud y de Olimpia desde hacía diez y ocho meses.

El que recuerde la descripción que se ha hecho anteriormente, lo creería reedificado. En primer lugar, los ladrillos caídos ó gastados por el tiempo y el cemento que faltaba en las juntas habían sido reemplazados. La pizarra con que estaba cubierto el tejado había sido arreglada y devolvía su alegría á la arquitectura, por efecto de los balaustres blancos que resaltaban en aquel fondo azulado. Las avenidas, desobstruidas y arenadas, estaban cuidadas por el hombre encargado de arreglar los paseos del parque. Las molduras

de las ventanas, las cornisas, en fin, toda la piedra trabajada había sido restaurada, y el exterior de este monumento había recobrado su antiguo brillo. El patio, las cuadras, el establo, trasladados á la habitación que había sido construida para jaula de faisanes, y ocultos por espesuras de árboles, en lugar de entristecer la mirada con sucios detalles, mezclaba, al continuo murmullo propio de los bosques, aquellos murmullos, aquellos arrullos y aquellos aleteos que constituyen uno de los más deliciosos acompañamientos de la melodía que canta la naturaleza. Este lugar participaba, pues, de aquel algo inculto propio de los bosques poco frecuentados, y de la elegancia de un parque inglés. Los alrededores del pabellón, de acuerdo con su exterior, ofrecían á la mirada un no sé qué de noble, de digno y de agradable; asimismo, la dicha y los cuidados de una joven daban al interior un aspecto muy diferente de aquel que le imprimía en otro tiempo la brutal indolencia de Piernacorta.

En este momento, la estación ostentaba todos sus esplendores naturales. Los perfumes de algunas canastillas de flores se mezclaban con el salvaje olor de los bosques. Algunas praderas del parque, recientemente segadas en los alrededores, despedían ese olor propio del heno cortado.

Cuando la condesa y sus dos huéspedes llegaron al extremo de uno de los sinuosos paseos que desembocaban en el pabellón, entrevieron á la señora Michaud, sentada fuera, haciendo una canastilla. Esta mujer, en aquella postura y entregada á esta ocupación, añadía al paisaje un interés humano que lo completaba, y que, en la realidad, es tan conmovedor, que algunos pintores han intentado por error trasladarlo á sus cuadros.

Estos artistas olvidan que el carácter de un país, cuando logran representarlo bien, es tan grandioso, que aplasta al hombre, mientras que semejante escena está en la naturaleza en proporción siempre con el personaje, á causa del marco á que lo circunscribe el ojo del espectador. Cuando Poussin, el Rafael de Francia, hizo del paisaje un accesorio en sus *Pastores de Arcadia*, adivinó perfectamente que el hombre llega á parecer pequeño y miserable cuando la naturaleza es lo principal del cuadro.

Allí estaba agosto en todo su esplendor, las mieses extendidas, un cuadro lleno de emociones débiles y fuertes. Allí se encontraba realizado el sueño de muchos hombres

cuya vida inconstante y mezclada con lo bueno y lo malo por violentas sacudidas les ha hecho desear el descanso.

Digamos en pocas palabras la historia de este hogar. Justino Michaud no había respondido con gran calor á los deseos del ilustre coronel de los coraceros, cuando Montcornet le propuso la guarda de los Aigues: pensaba entonces entrar de nuevo en el servicio; pero en medio de los coloquios y de las proposiciones que le llevaron al palacio de Montcornet, vió allí á la primera camarera de la señora. Esta joven, confiada á la condesa por unos honrados cortijeros de los alrededores de Alençon, tenía algunas esperanzas de fortuna, veinte ó treinta mil francos, una vez que recibiese todas las herencias. Como muchos labradores que se han casado jóvenes y cuyos padres viven, el padre y la madre no se encontraban desahogados, y como no podían dar educación á su hija mayor, la habían colocado al servicio de la joven condesa. La señora de Montcornet hizo aprender costura y corte á la señorita Olimpia Charel, ordenó que la sirviesen aparte, y fué recompensada por estas atenciones con uno de esos apegos absolutos tan necesarios á los parisienses.

Olimpia Charel, bonita normanda, rubia con tonos dorados, de buenas carnes, de rostro animado por unos ojos inteligentes, y notable por su nariz de marquesa, fina y encorvada, por un aire virginal á pesar de su talle arqueado á la española, ofrecía todos los atractivos que una joven nacida del pueblo puede adquirir con el trato que su dueño le permita tener. Convenientemente vestida, de presencia y trato muy decente, se expresaba bien. Michaud se enamoró, pues, fácilmente, sobre todo al saber que la fortuna de su prometida podía llegar á ser considerable algún día. Todas las dificultades provinieron de la condesa, que no quería desprenderse de tan preciosa joven; pero cuando Montcornet le explicó su situación en los Aigues, la boda no experimentó más retraso que el necesario para consultar á los padres, que dieron inmediatamente su consentimiento.

Michaud, imitando á su general, consideró á su mujer como un ser superior al que era preciso obedecer militarmente y sin titubear. Encontró en aquella quietud y en las ocupaciones de fuera de casa los elementos de dicha que desean los soldados al dejar el servicio: el trabajo que el cuerpo exige y la fatiga necesaria para poder gustar los

deleites del reposo. A pesar de su conocida intrepidez, Michaud no había recibido nunca ninguna herida grave, y no experimentaba por lo tanto ninguno de esos dolores que suelen agriar el humor de los veteranos; como todos los seres realmente fuertes, su carácter era igual y logró conquistar en absoluto el cariño de su mujer. Desde su llegada al pabellón, aquel feliz matrimonio saboreaba las dulzuras de la luna de miel, en armonía con la naturaleza y con el arte cuyas creaciones le rodeaban: ¡extraño acuerdo! Las cosas que nos rodean no acostumbran á armonizar con la situación de nuestras almas.

En este momento, estaba tan bonita, que la condesa detuvo á Blondet y al abate Brossette para contemplar á la señora Michaud sin ser vista por ella.

—Cuando me paseo vengo siempre hacia esta parte del parque, dijo en voz baja. Me agrada contemplar el pabellón y á sus dos tortolitos, como si contemplase un hermoso paisaje.

Y se apoyó significativamente en el brazo de Emilio Blondet para hacerle participar de los sentimientos de una delicadeza tal, que sería imposible explicar, pero que las mujeres la adivinarán.

—Quisiera ser conserje de los Aigues, respondió Blondet sonriéndose. Pero ¿qué tenéis? repuso al ver la expresión de tristeza que aquellas palabras habían producido en las facciones de la condesa.

—Nada.

Cuando las mujeres tienen algún pensamiento importante, es cuando dicen hipócritamente: «No tengo nada».

—También nosotras podemos ser presa de ideas que os parecerán poco importantes, y que sin embargo son para nosotras terribles. Yo también envidio la suerte de Olimpia.

—Dios os oiga, dijo el abate Brossette sonriéndose para quitar á aquella palabra toda su gravedad.

La señora de Montcornet se inquietó al ver en la postura y en la cara de Olimpia una expresión de temor y de tristeza. Del mismo modo que una mujer saca su hilo de cada punto, otra mujer sorprende los pensamientos. En efecto, aunque vestida con una bonita bata color rosa, con la cabeza descubierta y cuidadosamente peinada, la mujer del guarda general no tenía su alma de acuerdo con su indumentaria, con aquel hermoso día, ni con la obra en que se

ocupaba. Su hermosa frente, su mirada distraída á veces sobre la arena, ó en las hojas que ella no veía, daban á conocer tanto más fácilmente su estado lleno de una ansiedad profunda, por cuanto que no sabía que la observaban.

—¡Y la envidiaba!... ¿Cuál podrá ser la causa de sus sombríos pensamientos? dijo la condesa al cura.

—Señora, respondió en voz baja el abate Brossette, ¿sabríais explicarme cómo, en medio de la completa felicidad, el hombre es presa de presentimientos vagos, pero siniestros?

—Cura, respondió Blondet sonriéndose, os permitís respuestas de obispo... *Nada es robado, todo se paga*, ha dicho Napoleón.

—Tal máxima, dicha por esa boca imperial, toma proporciones iguales á las de la sociedad, replicó el abate.

—Y bien, Olimpia, ¿qué tienes, hija mía? dijo la condesa avanzando hacia su antigua servidora. Parece que estás pensativa, triste... ¿Ha habido alguna rabieta en el hogar?

Mientras se levantaba, la señora Michaud cambió por completo de cara.

—Hija mía, dijo Emilio Blondet con un acento paternal, quisiera saber qué clase de penas pueden nublar vuestra frente, cuando estamos en este pabellón tan bien arreglado como el del conde de Artois en las Tullerías. Parecéis aquí un nido de ruiseñores en una espesura. ¿No tenéis por marido al muchacho más valiente de la guardia joven, hombre guapo y que os ama con locura? ¡Si yo hubiese conocido las ventajas que Montcornet os proporciona aquí, hubiese dejado mi estado de *pastelero* para hacerme guarda general!

—Señor, esta no es colocación para un hombre que tiene vuestro talento, respondió Olimpia sonriendo á Blondet como si fuese un antiguo conocido.

—¿Qué tienes, pues, querida mía? dijo la condesa.

—Señora, tengo miedo.

—¡Miedo! ¿á qué? preguntó vivamente la condesa, recordando con aquellas palabras á Mosca y á Fourchon.

—¿Miedo á los lobos? le dijo Emilio haciendo una seña á la señora Michaud, que ésta no comprendió.

—No, señor, á los aldeanos. Yo, que he nacido en Perche, en donde hay gentes muy malas, no creo que haya allí tantas y tan malas como las de este país. Yo finjo no mezclarme en los asuntos de Michaud; pero veo que para atra-

vesar el bosque, desconfía tanto de los aldeanos, que sale armado aunque sea de día. Da orden á su gente de que esté siempre alerta. Pasan de vez en cuando por aquí unas caras que no anuncian nada bueno. El otro día estaba paseándome á lo largo del muro, cerca del manantial del pequeño arroyo que penetra en el bosque y que pasa á quinientos pasos de aquí, introduciéndose en el parque por una reja, y que llaman el manantial de plata, á causa de unas lentejuelas que dicen que sembró en él Bouret... Ya sabéis en donde, señora... Pues bien, vi á dos mujeres que lavaban ropa en el lugar en que el arroyo atraviesa el paseo de Conches; ellas no sabían que yo las escuchaba. Desde allí se ve nuestro pabellón; estas dos mujeres lo señalaron. «Ya han gastado dinero para el que ha venido á reemplazar al bueno de Piernacorta, decía una de ellas. ¿No han de pagar bien á un hombre que se encarga como él de atormentar á la gente pobre? respondió la otra. No la atormentarán mucho tiempo, respondió la primera. Es preciso que esto acabe. Después de todo, nosotros tenemos derecho á coger leña. La difunta señora de los Aigues nos dejaba hacinar. De esto hace ya treinta años, de modo que la costumbre está establecida. Ya veremos cómo se arreglan las cosas el invierno próximo, repuso la segunda; mi marido ha jurado por todos los dioses, que toda la gendarmería del mundo no nos impedirá ir al bosque, y que él irá á pesar de todos. ¡Diantre! no vamos á morirnos de hambre, y nosotros necesitamos cocer el pan, dijo la primera. ¡Ellos no carecen de nada! La mujercita de ese vagabundo de Michaud estará bien cuidada, no tengáis cuidado...» En fin, señora, han dicho horrores de mí, de vos, del señor conde... Han acabado por decir que prenderían fuego primero á los cortijos y después al castillo...

—¡Bah! dijo Emilio, ¡dichos de lavanderas! Le robaban al general, y ahora no pueden hacerlo. Esas gentes están furiosas, y eso es todo. Tened en cuenta que el gobierno es siempre el más fuerte en todas partes, hasta en Borgoña. Caso de que se amotinassen, se hará venir, si fuese necesario, á todo un regimiento de caballería.

El cura hizo por detrás de la condesa algunas señas á la señora Michaud para darla á entender que ocultase sus temores, que sin duda eran efecto del segundo estado que ocasiona la pasión verdadera. Exclusivamente ocupada de

un solo ser, el alma acaba por abrazar el mundo moral que la rodea, y por ver en él los elementos del porvenir. En su amor, una mujer experimenta los presentimientos que, más tarde, descubre su maternidad. De ahí ciertas melancolías, ciertas tristezas inexplicables que admiran á los hombres, porque no están sujetos á ellos á causa de su concentración en los grandes cuidados de la vida y de su continua actividad. Todo amor verdadero se convierte para la mujer en una contemplación activa más ó menos lúcida, más ó menos profunda, según los caracteres.

—Vamos, hija mía, enséñale tu pabellón á don Emilio, dijo la condesa, que se había puesto tan pensativa que olvidó á la Pechina, objeto de su visita.

El interior del pabellón restaurado estaba en armonía con su espléndido exterior. En el piso bajo, restableciendo las divisiones primitivas, el arquitecto enviado de París con los obreros, agravió vivamente reprochado por la gente de la Ville-aux-Fayes á los dueños de los Aigues, había formado cuatro piezas. En primer lugar, una antesala en cuyo fondo daba vueltas una vieja escalera de madera con balaustres, tras la cual se instalaba una cocina; después, á uno y otro lado de esta antesala, un comedor y el salón, con el techo en que estaban pintadas las armas y escudos, provisto de muebles de encina barnizados de negro. El artista escogido por la señora de Montcornet para que restaurase los Aigues tuvo cuidado de poner el mobiliario de este salón en armonía con el decorado antiguo.

En esta época, la moda no daba aún un valor exagerado á los restos de los siglos pasados. Los sofás de nogal esculpido, las sillas tapizadas de alto respaldo, las consolas, los relojes, las mesas, las arañas escondidas en las tiendas de los anticuarios de Auxerre y de la Ville-Aux-Fayes, estaban un cincuenta por ciento más baratos que los muebles de pacotilla del arrabal Saint-Antoine. El arquitecto había comprado, pues, dos ó tres carretadas de antigüedades bien escogidas, que, unidas á lo que quedó fuera de servicio en el castillo, hicieron del salón de la puerta del Avonne una especie de creación artística. Respecto al comedor, pintó las puertas y ventanas de color de madera, lo empapeló con ese papel llamado de Escocia y la señora Michaud puso en las ventanas unas cortinas de percal blanco con ribetes verdes, unas sillas de caoba tapizadas con paño verde, dos

enormes alacenas y una mesa de caoba. Esta pieza, adornada con grabados militares, estaba caldeada por una estufa, en cada uno de cuyos lados se veían sendas escopetas de caza. Estas magnificencias tan poco costosas habían sido comentadas en todo el valle como la última palabra de un lujo asiático. ¡Cosa rara! excitaron la codicia de Gaubertin, que, aunque se prometía dividir en lotes los Aigues, se reservó desde entonces, *in petto*, este espléndido pabellón.

En el primer piso, tres cuartos componían las habitaciones del matrimonio. Se veía en las ventanas unas cortinas de muselina que recordaban á un parisiense las disposiciones y los adornos propios de las exigencias de provincias. Aquí, la señora Michaud, obrando á su gusto, había querido papeles satinados. Sobre la chimenea de su habitación amueblada con ese mueble de caoba y de terciopelo de Utrecht que se encuentra en todas partes, con el lecho de pabellón y de columnas con la corona de donde bajaban unas cortinas de muselina bordada, se veía un reloj de alabastro entre dos candelabros cubiertos con gasa y acompañados de dos macetas de flores artificiales bajo su fanal, regalo conyugal del sargento. Arriba, en el desván, los cuartos de la cocinera, del criado y de la Pechina habían tomado á mal aquella restauración.

—Olimpia, hija mía, tú no me lo dices todo, dijo la condesa entrando en el cuarto de la señora Michaud y dejando en la escalera á Emilio y al cura, que bajaron al oír que la puerta se cerraba.

La señora Michaud, á la que el abate Brossette había indicado algo, para dispensarse de hablar de sus temores, mucho más vivos de lo que ella había expresado, manifestó un secreto á la condesa que la recordó el objeto de su visita.

—Señora, ya sabéis que amo á Michaud; pues bien, ¿os agradaría á vos tener una rival en casa?

—¡Una rival!

—Sí, señora, esa morenita que me habéis confiado ama á Michaud sin saberlo, ¡pobre niña!... Su conducta, que era un misterio para mí hacía ya mucho tiempo, me la explico desde hace algunos días.

—¡A los trece años!

—Sí, señora... Y comprenderéis que una mujer embarazada de tres meses, que tiene que criar á su hijo por sí misma, tiene motivo para temer; pero por no decíroslo

delante de esos señores, os he hablado de tonterías sin importancia, añadió astutamente la generosa mujer del guarda general.

La señora Michaud no temía gran cosa á Genoveva Niseron, y, desde hacía algunos días, experimentaba mortales pavores, que, por maldad, los aldeanos se complacían en alimentar después de haberlos inspirado.

—Y ¿en qué lo has notado?...

—En nada y en todo, respondió Olimpia mirando á la condesa. Esta pobre muchacha hace lo que yo le mando con una lentitud de tortuga, mientras que á la menor cosa que le pide Justino usa una ligereza de ardilla. Tiembla como una hoja al oír la voz de mi marido; pone una cara de santa que sube al cielo cuando le mira; pero ella no sospecha nada, no sabe que le ama.

—¡Pobre niña! dijo la condesa con una sonrisa y un acento lleno de sencillez.

—Así es que, repuso la señora Michaud, después de haber respondido con una sonrisa á la de su antigua ama, Genoveva está triste cuando Justino está fuera, y si le pregunto en qué piensa, me responde diciéndome que tiene miedo á Rigou, ¡tonterías!... Cree que todo el mundo le tiene envidia, y es negra como un carbón. Cuando Justino sale á vigilar por la noche, la niña está tan inquieta como yo. Si abro la ventana para escuchar el trote del caballo de mi marido, veo un resplandor en la habitación de la Pechina, como la llaman, que me prueba que vela, que espera; en fin, hace como yo, no se acuesta hasta que él no ha vuelto.

—¡Trece años! ¡Desgraciada!... dijo la condesa.

—¿Desgraciada?... repuso Olimpia. No. Esta pasión de niña la salvará.

—¿De qué? preguntó la señora de Montcornet.

—De la suerte que les espera aquí á casi todas las niñas de su edad. Desde que yo la he cepillado, está menos fea, tiene ese algo extraño y salvaje que agrada á los hombres. Está tan cambiada, que la señora no la conocería. El hijo de ese infame tabernero de la Grande-I-Verde, Nicolás, el mayor pillo de toda la comarca, quiere á esta niña; la persigue como á una corza. Si no es creíble que un hombre, rico como es el señor Rigou, y que cambia de criada cada tres años, haya podido perseguir desde la edad de doce años á

una fea agraciada, es al parecer indudable que Nicolás Toursard persigue á la Pechina. Justino me lo ha dicho. Esto sería espantoso, pues la gente de este país vive verdaderamente como las bestias; pero Justino, nuestros dos criados y yo velamos por la pequeña; así es que no tengáis cuidado, señora; no sale nunca sola más que de día, y aun esto para ir únicamente hasta la puerta de Conches. Si, por casualidad, cayese en una emboscada, su pasión por Justino la daría la fuerza y el valor para resistir, como sabe hacerlo á un hombre odiado la mujer que tiene una preferencia.

—Había venido por ella, repuso la condesa; no sabía lo muy útil que había de serme mi visita, pues esa niña no tendrá siempre trece años... se pondrá más hermosa...

—¡Oh! señora, repuso Olimpia sonriéndose, estoy segura de Justino. ¡Qué hombre! ¡Qué corazón!... ¡Si supieseis lo muy agradecido que está al general, á quien dice que debe su dicha! No tiene más defecto que el profesarle demasiada adhesión; por él arriesgaría su vida como en la guerra, y olvida que ahora puede llegar á ser padre de familia.

—Vamos, te echaba de menos, dijo la condesa dirigiendo á Olimpia una mirada que la hizo ruborizarse, pero ya no te echo de menos, pues te veo feliz. ¡Qué cosa más sublime y más noble es el amor en el matrimonio! añadió diciendo en voz alta el pensamiento que no se había atrevido á decir antes delante del abate Brossette.

Virginia de Troisville se quedó pensativa, la señora Michaud respetó su silencio.

—Veamos, ¿es proba esa niña? preguntó la condesa como si saliese de un sueño.

—Tanto como yo, señora, respondió la Michaud.

—¿Discreta?...

—Como una tumba.

—¿Agradecida?...

—¡Ah! señora, tiene dichos de humildad conmigo que denotan una naturaleza angelical; viene á besarme las manos, y me dice cosas asombrosas... «¿Se puede morir de amor? me preguntaba antes de ayer.—¿Por qué me haces esa pregunta? le dije yo.—Para saber si es una enfermedad.»

—¿Ha dicho ella eso?... exclamó la condesa.

—Si me acordase de todas sus ocurrencias, os diría otras

muchas cosas, respondió Olimpia; parece que sabe más que yo.

—Hija mía, ¿crees que podría reemplazarte á mi lado? porque yo no puedo pasar sin una Olimpia, dijo la condesa sonriendo tristemente.

—Señora, aun no, es demasiado joven; pero dentro de dos años, si... Además es necesario que se vaya de aquí, os lo advierto. Hay que educarla, pues no sabe nada. El abuelo de Genoveva, el padre Niseron, es uno de esos hombres que se dejarían cortar el cuello antes que mentir, se moriría de hambre en una panadería; eso depende de sus opiniones, y su nieta está educada en esa escuela. La Pechina se creería vuestra igual, pues el buen hombre ha hecho de ella, como él dice, una republicana, del mismo modo que el padre Fourchon ha hecho de Mosca un bohemio. Yo me río de estas cosas; pero vos podríais enfadaros; ella sólo os respetaría como á su bienhechora, pero no como á su superiora. ¿Qué queréis? es salvaje á la manera de las golondrinas. Además, en todo esto debe influir en algo la sangre de su madre.

—Pues ¿quién era su madre?

—¿No conoce la señora esa historia? dijo Olimpia. Pues bien, el hijo del viejo sacristán de Blangy, un excelente muchacho, según dice la gente del país, fué cogido cuando se hizo el gran reclutamiento. Este Niseron no era aún más que simple cañonero en 1809, en un cuerpo de ejército que, desde el fondo de la Iliria y de la Dalmacia, recibió orden de acudir á Hungría para cortar la retirada al ejército austriaco, en el caso de que el emperador ganase la batalla de Wagram. Michaud ha sido el que me ha descrito la Dalmacia, pues él ha estado allí. Niseron, en su calidad de hombre guapo, había conquistado en Zahara el corazón de una montenegrina, una montañesa á la que le gustaba el ejército francés. Desacreditada entre sus compatriotas, la permanencia de aquella muchacha en la ciudad se hacía imposible después de la marcha de los franceses. Zena Kropoli, llamada injuriosamente la Francesa, siguió, pues, al regimiento de artillería, y vino á Francia después de declarada la paz. Augusto Niseron solicitaba permiso para casarse con la montenegrina, embarazada entonces de Genoveva; pero la pobre mujer murió en Vincennes á consecuencia del parto, en enero de 1810. Los papeles indis-

pensables para llevar á cabo el matrimonio llegaron algunos días después, y Augusto Niseron escribió á su padre, diciéndole que fuese á buscar á la niña con una nodriza del país y que se encargase de ella; tuvo mucha razón, pues fué muerto por una granada en Montereau. Inscrita con el nombre de Genoveva y bautizada en Soulanges, esta pequeña dalmata fué objeto de la protección de la señorita Laguerre, á la que conmovió mucho su historia. Esta niña parece que está destinada á ser adoptada por el dueño de los Aigues. Cuando era aun muy niña, el padre Niseron recibió del castillo la canastilla y socorros en dinero.

En este momento, desde la ventana en que estaban la condesa y Olimpia, vieron á Michaud que se aproximaba al abate Brossette y á Blondet, los cuales se paseaban hablando en el vasto espacio circular enarenado que formaba la segunda media luna exterior.

—¿En dónde está? dijo la condesa; me has dado unos deseos atroces de verla...

—Ha ido á llevar leche á la señorita Gaillard, á la puerta de Conches; debe estar á dos pasos de aquí, porque hace ya más de una hora que se ha marchado.

—Pues bien, voy con estos señores á su encuentro, dijo la señora de Montcornet bajando.

En el momento en que la condesa abría su sombrilla, Michaud se encaminaba hacia ella para decirle que el general la dejaba viuda, probablemente, por dos días.

—Señor Michaud, dijo vivamente la condesa, no me engañéis, aquí pasa algo grave. Vuestra mujer tiene miedo, y si hay mucha gente que se parezca al padre Fourchon, este país es inhabitable.

—Si eso fuese así, señora, respondió Michaud sonriéndose, ya no estaríamos vivos, pues es bien fácil deshacerse de nosotros. Los aldeanos se limitan á chillar y nada más. Pero para pasar del dicho al hecho, del delito al crimen, aman demasiado la vida y el aire de sus campos... Olimpia os habrá contado dichos que haya podido oír y que la hayan asustado; pero se encuentra en estado de asustarse de un sueño, añadió tomando el brazo de su mujer y poniéndolo sobre el suyo, de modo que le indicase que debía guardar silencio en lo sucesivo.

—¡Juliet! ¡Cornevin! gritó la señora Michaud, que no tardó en ver aparecer en la ventana la cabeza de su

vieja cocinera; cuidad la casa, pues voy á dar una vuelta.

Dos enormes perros, que se pusieron á ladrar, mostraron que el efectivo de la guarnición de la puerta del Avonne era bastante considerable. Al oír los perros, Cornevin, anciano natural de Perche, y marido de la nodriza de Olimpia, salió de la espesura y enseñó una cabeza de aquellas que sólo se fabrican en Perche. Cornevin debió tomar parte en la *chuaneria* en 1794 y en 1799.

Todo el mundo acompañó á la condesa en aquel paseo, por el camino que conducía directamente á la puerta de Conches, y que atravesaba el manantial de plata. La señora de Montcornet iba delante con Blondet. El cura, Michaud y su mujer hablaban en voz baja de la revelación que acababa de hacer á la señora del estado del país.

—Acaso sea providencial, decía el cura; pues si la señora quiere, á fuerza de beneficios y de halagos haremos cambiar á esta gente.

A unos seiscientos pasos del pabellón, al otro lado del arroyo, la condesa vió en el paseo de árboles un cántaro encarnado roto y leche derramada.

—¿Qué le ha ocurrido á la pequeña? dijo llamando á Michaud y á su mujer, que se volvían ya al pabellón.

—Alguna desgracia, como á la lechera del cuento, respondió Emilio Blondet.

—No, la pobre niña ha sido perseguida y sorprendida, pues el cántaro ha sido arrojado voluntariamente, dijo el abate Brossette examinando el terreno.

—¡Ah! este es indudablemente el pic de la Pechina, dijo Michaud. Las marcas de unos pies que han vuelto grupas rápidamente revela una especie de terror súbito. La pequeña se ha lanzado á todo escape al pabellón, queriendo volver á él.

—Pero hace más de una hora que está ausente, exclamó la señora Michaud.

Un mismo terror se dibujó en todos los rostros. El cura corrió hacia el pabellón examinando el estado del camino, mientras que Michaud, afectado con el pensamiento que se le había ocurrido, siguió el paseo de árboles hacia Conches.

—¡Oh! ¡Dios mío! ha caído aquí, dijo Michaud, yendo del lugar en que cesaban las huellas de los pasos hacia el arroyo de plata, en donde volvían á cesar en medio del paseo; y señalando un lugar, añadió: ¡Mirad!...

En efecto, todo el mundo vió en la arena del paseo las huellas de un cuerpo tendido.

—Las huellas que van hacia el bosque son las de unos pies calzados con escaarpines de estambre, dijo el cura.

—Son pies de mujer, dijo la condesa.

—Y allá abajo en el lugar del cántaro roto, las huellas son de pasos de hombre, añadió Michaud.

—Yo no veo huellas de dos pies diferentes, dijo el cura, que siguió hasta el bosque el rastro de los pasos de mujer.

—La habrán cogido y se la habrán llevado al bosque, exclamó Michaud.

—Si este es un pie de mujer, esto sería inexplicable, exclamó Blondet.

—Será alguna broma de ese monstruo de Nicolás; hace algunos días que acecha á la Pechina. Esta mañana he estado cerca de dos horas en el puente del Avonne para sorprender á ese pillo, que ha debido ser ayudado en su empresa por una mujer.

—¡Esto es horroroso! dijo la condesa.

—Crean que bromean, añadió el cura con amargo y triste acento.

—¡Oh! la Pechina no consentirá que la detengan, dijo el guarda general, es capaz de haber atravesado á nado el Avonne... Yo voy á examinar las orillas del río. Tú mi querida Olimpia, vuélvete al pabellón, y vos, señores, paseaos por la calle de árboles que va hacia Conches.

—¡Qué país! dijo la condesa.

—En todas partes se encuentran pillos, repuso Blondet.

—Señor cura, ¿es verdad que he salvado á esa pequeña de las garras de Rigou? preguntó la señora de Montcornet.

—Todas las jóvenes de menos de quince años que recojáis en el castillo, serán arrancadas á ese monstruo, respondió el abate Brossette. Señora, procurando atraer á esta niña á su casa desde la edad más tierna, el apóstata quería satisfacer á la vez su libertinaje y su venganza. Tomando al padre Niseron por sacristán, pude hacer comprender á este buen hombre las intenciones de Rigou, que le hablaba de reparar los daños de su tío, mi predecesor en el curato. Esta es una de las causas de la mala voluntad que me tiene el antiguo alcalde, y de que su odio contra mí haya acrecentado... El padre Niseron ha declarado solemnemente á Rigou que le mataría si le ocurría algo á Genoveva, y le ha

hecho responsable de todo ataque al honor de esta niña. No me extrañaría ver en esta persecución de Nicolás Ton-sard alguna infernal combinación de ese hombre, que se cree con derecho á todo.

—¿No teme á la justicia? dijo Blondet.

—En primer lugar, es suegro del procurador del rey, respondió el cura, que hizo una pausa. Después, no podéis imaginaros el profundo abandono de la policía y de la audiencia con respecto á estas gentes, repuso. Con tal que los aldeanos no quemén los cortijos, no asesinen, no envenenen y paguen sus contribuciones, les dejan hacer entre ellos lo que quieren; y, como no tienen principios religiosos, pasan cosas atroces. Al otro lado del estanque del Avonne, los ancianos achacosos tiemblan ante la idea de tener que quedarse en casa, porque entonces no les dan de comer; así es que van á los campos mientras sus piernas pueden soportarlas, porque si se acuestan, ya saben que es para morir por falta de alimento. El señor Sarcus, el juez de paz, dice que, si se procesase á todos los criminales, el Estado se arruinaría con los gastos de justicia.

—Al parecer lo entiende ese magistrado, exclamó Blondet.

—¡Ah! monseñor conocía bien la situación de este valle, y, sobre todo, el estado de esta parroquia, continuó el cura. La religión es la única que puede reparar tantos males, la ley me parece impotente, modificada como lo está...

El cura fué interrumpido por unos gritos que salían del bosque, y la condesa, precedida del cura y de Blondet, se internó en él valerosamente corriendo en la dirección indicada por los gritos.

CAPÍTULO XI

LA OARISTIS, DÉCIMOCTAVA ÉGLOGA DE TEÓCRITO QUE NO ACOSTUMBRA Á VERSE CON FRECUENCIA EN LA AUDIENCIA

La sagacidad del salvaje, que su nuevo oficio había desarrollado en Michaud, unida al conocimiento de los intereses y de las pasiones de la parroquia de Blangy, acababa